

DEL SUJETO DE LA VERDAD A LA VERDAD DEL SUJETO

Eric Ferdinando Passone

RESUMO

Este artículo pretende introducir el análisis de los discursos, a partir de cuestionamientos sobre la verdad del sujeto del deseo y apuntar algunas de sus consecuencias, principalmente, en lo que respecta a la elaboración y diseño de políticas y programas educativos de atención y atendimento infante-juvenil. Se aprovecha para presentar las dislocaciones del pensamiento de Jaques Lacan sobre la práctica psicoanalítica y la diferencia entre seguir los modelos y hacer de la diferencia un camino propio, la existencia.

PALABRAS LLAVE

Educación; Psicoanálisis; Políticas infante-juvenil

SUBJECT OF TRUTH TO THE TRUTH OF THE SUBJECT**ABSTRACT**

This essay aims at to introduce an analysis of discourses questioning about the truth of the subject's desire, and also to point out some consequences, which are mainly in the elaboration and design of policies and educational programs attending to children. Furthermore, it'll be presented Jack Lacan's thought about psychoanalytic practice and the difference between following models and making own way for the existence, from its singularity.

KEYWORDS

Education; Politics of infant-juvenile; Psychoanalysis

Verdad (1902)
La puerta estaba abierta,
más solo dejaba pasar
media persona de cada vez
Así no era posible percibir toda la verdad,
Porque la media persona que entraba
solo traía el perfil de media verdad.
Y su segunda mitad
volvía igualmente con medio perfil.
Y los medios perfiles no coincidían.
(Carlos Drummond de Andrade)

PRESENTACIÓN

Este artículo representa el fruto de un trabajo desarrollado en el curso “Foucault, Freud e Psicanálise: Atos de linguagem” en el Departamento de Psicología Educacional de la Universidad Estadual de Campinas – UNICAMP/SP/Brasil¹ – y pretende problematizar, a partir del campo discursivo del psicoanálisis, la relación que el sujeto del saber posee con la verdad, enfatizando el pasaje del cojito cartesiano (el Yo como o lugar de la verdad) para el cojito freudiano (el Yo como lugar de ocultamiento) y su efecto de fisura con el sujeto racional, bien como, sus posibles implicaciones en el campo educacional y en las políticas públicas infante-juveniles.

Actualmente, ese pasaje nos posibilita cuestionarnos sobre la verdad del sujeto del saber y, fundamentalmente, sobre su falta constituyente, dentro y más allá de los muros clínicos y académicos, para *bien decir*, en el límite de lo real de las experiencias “humanas”.

Es sabido, epistemeológicamente, que el psicoanálisis subvirtió la relación que el pensamiento y la razón poseían con la verdad y la realidad, dislocando al sujeto de la razón y la conciencia para el sujeto del inconsciente. Por tanto, no se trata más de buscar en la cuestión del sujeto de la verdad – autorizado a producir el binomio saber-poder-, tampoco de negarlo plenamente. Se trata, antes de todo, de enfatizar la cuestión de la verdad del sujeto, marcado por la ruptura del Yo y por su desconocimiento en relación al objeto que lo impulsa en su deseo, no al objeto en si, sino al objeto que es *causa* del deseo.

¹ Curso de Extensión promovido por la Profa. Dra. Regina Maria de Souza, de la Facultad de Educación de la Unicamp, y por el Dr. Márcio Mariguela, psicoanalista e Coordinador del Curso de filosofía de la Unimep – Universidade Metodista de Piracicaba, en el primer semestre de 2007.

De este modo, la producción de la verdad se alinea a los efectos constituyentes del propio ser-síntoma/ser-fantasma que implican al sujeto del saber y su (des)conocimiento, en relación a lo real, a lo imaginario y a sus posibilidades simbólicas. Debemos subrayar que, en ese campo, el psicoanálisis nos alerta sobre la imposibilidad de ser tratado como un todo, o sea, como un saber y una verdad única, absoluta, universal y definitiva.

En ese sentido, nos alerta sobre la insuficiencia de las políticas de inclusión social que buscan, solamente, actualizar un padrón ideal o, cierta normalización de los individuos atendidos, fortaleciendo apenas el complejo circuito asistencia-sumisión-autoritarismo.

En el próximo ítem, pasamos a demostrar el recorrido del psicoanalista Jaques Lacan, en relación a su enfrentamiento al idealismo científico y dogmático, que predominó en el psicoanálisis durante la primera mitad del siglo XX, presentando la principal contribución del autor sobre el campo de los discursos: la diferencia entre el discurso del maestro y el discurso del psicoanalista.

DEL DISCURSO DEL MAESTRO AL DISCURSO DEL ANALISTA: UN POCO DE HISTORIA

En la historia del psicoanálisis, puede observarse que Lacan sufrió y combatió el corporativismo de la sociedad de psicoanálisis de su época, la Sociedad Francesa de Psicoanálisis (SFP). Tal proceso culminó con la “excomunió”, conforme definió el propio analista, de su *persona* de la sociedad francesa, en 1963, con la denominada *Directriz de Estocolmo*, según la cual no se preocupaban apenas de alejar a Lacan, sino también de excluir de la lista a los analistas que estaban formándose con él, salvo aquellos que se sometieran a la formación y análisis con un analista aprobado por la *Comisión* de la sociedad - la fábrica de analistas.

La estrategia que Lacan encontró para no perder la perspectiva del “tema freudiano” fue la creación de la Escuela Freudiana de París, abriendo espacio a los no analistas y la elaboración de la teoría de las relaciones entre la verdad y el saber², siempre colocando el papel de la función del analista en relevo. Según Erik Porge,

Ya que habían querido hacerlo callar, como si él hubiese proferido una blasfemia al decir los nombres del padre, el se callará y hará de ese silencio un discurso. Ya que no habían querido saber lo que el tenía para decir (...) el desarrollará la teoría de las relaciones entre la verdad y el saber y cuestionará al sujeto supuesto saber. Ya que

² J. Lacan. O avesso da psicanálise, Seminário 17.

los psicoanalistas, inclusive sus alumnos, no lo comprendieron, el se dirigió también a los no analistas y a los científicos, con el fin de proseguir con ellos el debate del Iluminismo. Ya que la institución guardiana de la legitimidad freudiana lo condenaba, el confiará en la estructura de un discurso analítico (PORGE, 1998, p.53).

Preocupado en demostrar la función del analista, en cuanto distinta y diferente de la función del maestro, así como, poner en jaque la formación psicoanalítica que venía definiéndose con hegemonía en el interior de las asociaciones ligadas a la IPA, Lacan partió para la diferenciación existente entre la estructura del discurso del maestro y la estructura del discurso analítico, denunciando que, el psicoanálisis venía siendo domesticado e institucionalizado, conforme al canon doctrinario que pretendía la Asociación Internacional de Psicoanálisis (IPA), la cual imponía, por su parte, su “verdad freudiana”. Ese movimiento fue mucho más profundo que una simple reacción personal de Lacan sobre los hechos que le ocurrieron, al final, su posición con respecto a un psicoanalista fue lo que lo llevo a la ruptura con lo que venía denominándose, de forma hegemónica, como psicoanálisis.

El riesgo asumido por Lacan, en defensa del psicoanálisis, tal como él lo reconocía en la obra de Freud, le permitió articular nuevas áreas del conocimiento al campo, llevándolo a la creación de una clínica contemporánea, capaz de mantenerse en tensión con parte de lo real, y no solo con lo ideal, para inscribirlo en la realidad, de forma distinta a las ciencias y a las religiones. Según Souza (2003), Lacan nos ayuda a recolocar la cuestión del deseo del analista, así como, la función del psicoanálisis y del analista en la cultura y en la sociedad:

... después de un largo recorrido, ya camino hacia la última parte de su enseñanza, propuso otro lugar tanto para el psicoanálisis como para el analista. (...) ese período sugirió un nuevo proyecto ético y político para el discurso analítico. Debería revelar lo imaginario que intenta acomodar a las personas al “bien estar (...) de sus pequeños negocios”, que ocurren en lo cotidiano de su vida social. No debería, por tanto, guardar la misma posición de las ciencias y las religiones, en sus maneras de abordar lo real. Así, en oposición las ciencias y las religiones, el discurso analítico debería constituirse en una práctica que buscara restaurar a Ley y que mantuviese como ética soportar los efectos de lo real, para escribirlo y de ser posible ordenarlo (SANTOS, 2003, p.133).

La transmisión del psicoanálisis era, para Lacan, un proceso que iba más allá del didactismo, pues él la consideraba una dimensión del orden de experiencias, o sea, el analista no era formado – pedagógicamente-, él se hacía de experiencias de su existencia singular. En ese sentido, no había un legado institucional, a través de la varita mágica del maestro como detentor de la verdad, que lo conduciría al “carga”. Lacan partía de la posición de que era el

sujeto que se auto-autorizaba la clínica, apoyado en experiencias que lo creaban como posible analista, capaz de sustentar y experimentar los factores traumáticos, los problemas emocionales, en fin, la historia que fue un día la de un niño con (y) en conflicto con el mito del adulto.

Así, el analista era “convocado” a dar testimonio, expresarse y hablar de su clínica, bien como, cargar con su propia condición singular de angustia y desamparo frente a lo real, la muerte y sus propios deseos.

A finales de los años 60, Lacan operó - *instrumentalmente* - con la diferenciación del lugar de la verdad en el discurso del maestro y del lugar de la verdad en el discurso del analista, así como, sucesivamente, acontecería con los discursos de la histeria y de lo universitario, garantizando así, la dimensión de lo real y de la falta, en el interior de la enunciación de la verdad y de la identificación de la función del analista con el sujeto “supuesto-saber”.

La resistencia en cuestionar la verdad de ese saber-poder, encarnado por ejemplo, en la figura del científico, del político, del educador y del analista, representaba el costo/ganancia del síntoma y de la ilusión de vivir en un mundo subyugado por totalidades³ significantes, estructuras por las cuales, se excluye cualquier falta o falla en plenitud, a través de la imposición ilusoria de plenitud y omnipotencia, principalmente, en relación a sus objetos y valores, al saber y el sentido unívoco de la verdad sobre la *existencia*.

A pesar de ello, la satisfacción o el terror de enfrentar la desilusión de tales significantes absolutos, así como, la imposibilidad de todo saber y de la irreductibilidad de la función de la falta, al incidir sobre el significante – como estructura de la subjetividad y su función de representación - no implica negarlo absolutamente, debido a su importante relación de articular el deseo y la Ley, en el ordenamiento de la estructura que, inaugura la condición de lo humano en el lenguaje. Cuestionar al sujeto de la verdad, no es negar el significante, al contrario, representa la posible suspensión del significado, por un momento sin sentido, que posibilitará restaurar y re-significar el *ente*.

³ Lacan consideraba que la noción de totalidad del saber estaba apoyada en la concepción del cuerpo: “... el hecho de que la idea de que el saber pueda constituir una totalidad es, por así decir, inmanente a lo político como tal, lo cual es conocido hace mucho tiempo. La idea imaginaria del todo tal como es dada por el cuerpo – como basada en la buena forma de la satisfacción, en aquello que ,hiendo a los extremos, hace esfera -, fue siempre utilizado en la política, por el partido de propaganda política. ¿Lo más bello, pero también lo menos abierto? Es lo más parecido con el cerramiento de la satisfacción” (LACAN, 1992, p. 29).

A partir del Seminario 17, Lacan acuñó, a través de la escucha de actos del lenguaje, las fórmulas de diferenciación de los discursos y de la relación entre el lugar que el sujeto ocupaba en relación a la verdad, en el discurso del maestro, en el discurso del estudiante, en el discurso de la histeria y en el discurso del analista. En cierta medida, lo que estaba en discusión era saber cual era el papel del analista frente a la verdad del sujeto, por tanto, una discusión ética.

Así, Lacan definió la diferencia del discurso del maestro, lo cual abarca el saber como verdad a ser producida e incorporada por sus discípulos. De otra forma, el maestro posee la ilusión de saber de algo que no sabe y el discípulo, desconoce su propia ilusión, la de dar crédito a que el maestro posee la verdad que él aspira para sí. Esa lógica es, a pesar de opuesta, muy semejante a lo que está dado en la situación analítica. Opuesta, entre tanto, una vez que el paciente entra en análisis vía síntoma, vía real y en fase de semblante del sujeto supuesto-saber, lo cual define la función del analista, y es “llevado” a recubrir su imaginario, a través de la dimensión simbólica, capaz o no, de retornar a lo real y desafiarlo, a través de la escritura de su propio deseo.

Considero que, al destituir al analista del lugar denominado de amo de la verdad, de Superior etc., Lacan denunció el *opuesto del psicoanálisis* que reinaba en el saber-poder corporativista de la “institución guardiana de la legitimidad freudiana” que, en detrimento de la continuidad del cojito freudiano, venía a alojar y lo ideal del Yo el término referencia de cura, o sea, el analista era identificado como objeto de deseo del paciente – modelo de identificación.

De forma contraria, para Lacan el analista no se vanagloriaba de esa posición, contrariamente, el analista venía a desempeñar la función de semblante de objeto. En la interpretación de Souza:

Hacer de *semblante* contempla esa condición de que el analista ocupa ese lugar como un “objeto” que condensa consistencias de lo real y de lo imaginario. Lo que mantiene la función de causa del deseo y de un catalizador de gozo. El “objeto”, como tal, aparece vacío de sustancia y de ese lugar no debe hacer ninguna ostentación. El propio analista, haciendo esta función de semblante de “objeto”, se torna portador de un tipo de “saber” que no puede usar en su beneficio o siquiera hablar sobre el mismo. Es un saber que va a ser construido por el analizado a partir de cada “acto” que se produce en el curso del análisis (SOUZA, 2003, p. 129).

En este sentido, el deseo del analista representaría el deseo de ser prescindible, de no-dominio, de no-ser y no aceptar el lugar imaginario que, inconscientemente, el paciente le otorga sin saber, sea cual fuere: el de modelo de identificaciones (yo ideal), de Súper-yo, de amo de la verdad, de lugar del Otro etc.

Puede pensarse que, inconscientemente, el sujeto del saber habla desde: aquel que no sabe nada – del estudiante; de aquel que sabe todo – de la histeria del discurso; del discurso del maestro – de la pulsión de dominio, del señor, del esclavo, de los sadomasoquismos infantiles etc.

Si el “Saber es el gozo del Otro”, el pasaje del *sujeto de la verdad* para la *verdad del sujeto* se produce vía castración, en relación a la omnisciencia y omnipotencia de ese saber, y vía gozo (fantasía), en que, a partir de la falta de significante y de la función de apoyo que hace el analista al objeto del deseo, sea capaz de operar, por deslizamiento de sentidos y significantes, en la estructura del lenguaje y constituir el no-ser, o sin sentido necesario para el otro sujeto venir a ser, el saber, el sujeto del deseo, por el cual la vida se cuestiona si vale la pena ser vivida.

UN RETORNO A FREUD

Desde la elaboración del discurso sobre el deseo y la pulsación, realizado por Freud, a través de la elaboración y funcionamiento del método psicoanalítico, el versar sobre la *ilógica* estructural del inconsciente - presente en el proceso de subjetivación, bien como, el acontecimiento sobre las posibles demarcaciones de posición y de función entre la *verdad del sujeto* y el *sujeto de la verdad*, se constituyeron poderosos enunciados críticos la orden del discurso y del poder instituido develando tanto las *ansias de saber* como las *ansias de verdad* - ambas dimensiones presentes en las ciencias, religiones, políticas y demás prácticas humanas que, por abuso o descuido, acabaron reproduciendo un ideal de Yo que opera en el campo de las exigencias superheroicas, del deber, de la exclusión y la hostilidad para con las diferencias.

Para situarlos mejor en esta introducción sobre el tema, rescato las premisas centrales e implicaciones del acto enigmático de “decir la verdad”, teniendo como referencia los aforismos acuñados por Lacan, en su retorno a Freud: “*El inconsciente es el discurso del Otro*” y “*El inconsciente está estructurado como lenguaje*”. Aquí será preciso una pequeña explicación, sin imaginar que profundizaré en el asunto. El inconsciente para Lacan no es un

espacio, cuyas pulsiones primitivas y contenidos recalcados estarán apartados de la conciencia. Luego, esos deseos y pensamientos latentes podrán ser reapropiados por la conciencia. El inconsciente es irreductible del pensamiento consciente. Es esto lo que nos enseñó Lacan, o sea, el *inconsciente es el lenguaje*, un conjunto de reglas estructurales de lenguaje que moldean la forma del pensamiento consciente. La conclusión lógica de estas premisas, nos remite al lugar discursivo y del habla que el otro ocupa en la constitución de la subjetividad y, consecuentemente, en la dialéctica inconsciente del objeto de deseo – el deseo del deseo del otro, a saber, deseo de ser objeto del deseo o otra cosa, por fin: el otro me fundamenta en su verdad.

En este punto, me permito la primera mediación del psicoanálisis con las propuestas socio-educativas de las políticas públicas infante-juveniles. Para ingresar el análisis de los discursos a partir de la pregunta sobre la verdad del sujeto del deseo y demostrar sus consecuencias, principalmente, en lo que trata la elaboración y diseño de políticas y programas educativos de atención y atendimento infante-juvenil, entiéndase las implicaciones bien definidas, por ejemplo, de pensar la entrada del niño en el orden del lenguaje, paralelamente a los conflictos identificadores de ese recurso, bien como, la dimensión en que el niño está inserido, cuando presa de una tensión emocional, situación en la cual solicita la palabra justa, el derecho de saber y comprender lo que le ocurrió. De esas dimensiones cabe a los pedagogos, educadores y gestores de políticas públicas recordar que, lo no simbolizado aparece como síntoma que expresa una situación en que el niño procura hacerse oír, por medio de fantasías, la manera como se sitúa en fase del deseo del otro.

Finalizando, por tanto, saber sobre el deseo del otro, hace en la medida en que la subjetividad es concebida como un flujo de lenguaje, condensada y ordenada por significantes, que encubren “la totalidad de una experiencia, la animan, le dan un sentido. Y que será que intentamos realizar aquí, sino una manifestación de la subjetividad” (LACAN, 1985, p.58). Sin negligenciar es lógico, el hecho de que el sujeto está para siempre expuesto a la restitución y repetición de su falta de saber, erigiendo su historia ante la vida y la muerte.

En lo que concierne al campo educacional y a las políticas públicas de atención infante-juvenil, el dispositivo analítico de los discursos implica que consideremos nuevos parámetros para tales propuestas, que nos posibiliten espacios y funciones que puedan subvertir la lógica racionalista impuesta por la univocidad significante, que continua tratando a jóvenes y niños a su propia imagen y semejanza, apartando y/o adecuando los “desvíos” y

las diferencias, para encontrar en el campo simbólico la escucha del sujeto del deseo que existe en cada uno. El riesgo de fracaso de tales políticas, programas y proyectos sociales y educacionales subsiste, en la medida en que existe una ausencia total de dispositivos institucionales capaces de configurar esas prácticas con parámetros discutidos por el psicoanálisis, promoviendo el reconocimiento de la diferencia y de la singularidad del sujeto del deseo que existe en cada quien: alumnos, padres, profesores, jóvenes etc.

De ese riesgo se desprende que los actuales modelos de maestro, escuela, instituciones socio-educativas que fundamentan tales programas, proponen la inclusión social y subjetiva de esos jóvenes y fracasan, restándoles apenas relaciones interpersonales mediadas por la benevolencia, por el paternalismo y otras prácticas de dominio y control del otro, mas o menos autoritarias y represivas.

REFERÊNCIAS

DRUMMOND de ANDRADE, C. **Poesia errante** – derrames líricos (e outros nem tanto, ou nada). Rio de Janeiro: Record, 1991. 158p.

FOUCAULT, M. **A ordem do discurso**. São Paulo: Edições Loyola, 1996. 79p.

GROS, F. (Org.). **Foucault: a coragem da verdade**. São Paulo: Parábola, 2004. 166p.

LACAN, J. **O Seminário** – Livro 17 – O avesso da Psicanálise. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1992. 208p.

_____. **O Seminário** – Livro 2 – O eu na teoria de Freud e na técnica da psicanálise. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1985. 413p.

PORGE, E. **Freud/Fliess** – Mito e quimera da auto-análise. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1998. 107p.

SOUZA, A. A produção dos discursos. In: Souza. A. **Os discursos na psicanálise**. Rio de Janeiro: Cia de Freud, 2003, p. 87-106.

_____. Os discursos radicais. In: Souza. A. **Os discursos na Psicanálise**. Rio de Janeiro: Cia de Freud, 2003, p. 107-132.

_____. Duas exceções dos discursos radicais: o discurso do capitalista e o discurso do aviciado. In: Souza. A. **Os discursos na Psicanálise**. Rio de Janeiro: Cia de Freud, 2003, p. 133-171.

ERIC FERDINANDO PASSONE

Psicólogo, pesquisador convidado do Núcleo de Pesquisa de Políticas Públicas/Unicamp e doutorando da Faculdade de Educação da Unicamp.

E-mail: eric@nepp.unicamp.br

Recebido em: 08/02/2008

Publicado em: 20/06/2008